



Carta al perezoso

Por Bernardo Nante

Temo que el esfuerzo que requiere escribir esta carta delata que el peso de la pereza gravita en todas nuestras tareas. Más aún, la pereza es una pasión que se hace presente no solo en la mera inacción, sino en la acción impaciente incapaz de comprometerse a fondo. Porque la pereza que conocemos, y que por lo general enfrentamos, es la referida a nuestras tareas cotidianas, aquella que se impone en la vida familiar, laboral, social. A menudo la obligación o la búsqueda de éxito son los motores que superan transitoria y parcialmente nuestra pereza y permiten satisfacer nuestro sentido del deber o nuestra ambición. Desde ese lugar podemos sentirnos ‘ganadores’ y hasta tornarnos jueces de la pereza ajena, de aquellos que no han sido capaces de trabajar como –supuestamente– nosotros lo hacemos.

La vocación es, sin duda, un móvil más profundo y compasivo para enfrentar la pereza, y la compasión misma conlleva la tarea de “acompañar la pasión del otro”, es decir, acompañarlo en “aquello que padece”, que limita su desarrollo y su libertad. Pero toda pasión –así entendida– es, en alguna medida, ‘pereza’, detenimiento o aletargamiento de su propio crecimiento. Así, por ejemplo, la soberbia es la pereza del ‘yo’ que se ha identificado consigo mismo y, por ello, no se reconoce como un fragmento de algo más vasto.

Toda compasión reconoce tácitamente que en el trasfondo de todas nuestras acciones internas y externas radica la tara de nuestra existencia. La compasión no se detiene perezosamente en esa pereza constitutiva, pero sabe que reconocerla es el “piedra libre” de nuestra vida.